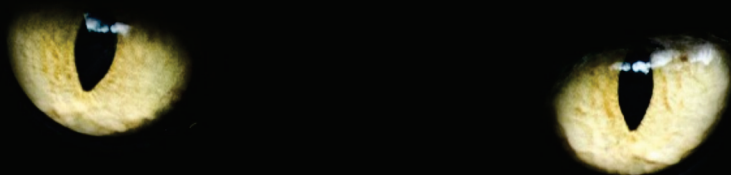


# PELO DE GATOS

## MIAURICIO JIMÉNEZ



LENGUAdeDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL

*Pelo de gatos.*

D.R. © 2020 Miauricio Jiménez

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

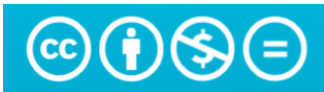
<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición junio 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

**Bajo los siguientes términos:**

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

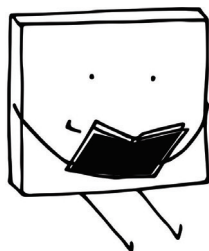
SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

# PELO DE GATOS

MIAURICIO JIMÉNEZ



LENGUADEDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL



## PELO DE GATO

Era la tercera vez que el diablito panzón se encontraba al pinche gato esperándolo en el cuarto del niño Santiago. Ya sabía lo que el minino le iba a decir: «Si me cuentas todos los pelos, dejo que te lo lleves». ¡Era el pinche colmo! La primera vez hicieron un desmadre todo el cuarto y no lo pudo ni tocar. La segunda lo agarró tras un chingo de arañazos marca gato, pero no alcanzó a contar unos 1357 pelos de la cola cuando se despertaron en la casa y ya no pudo seguirle. Pero ahora... [inserte aquí la risa macabra de su predilección] ahora venía preparado: traía una rasuradora eléctrica y una lata de sardinas. ¡Ya no iba a ser la burla de todos en el Infierno! Después de dos que tres gatazos y diablazos «¡Aguanta!» le gritó el diablo mañoso al mañoso gato y abrió la lata. El gato miró al diablito desconfiado, miró la lata desconfiado, se acercó desconfiado, la olió desconfiado y se la comió con confianza. La neta, la neta, es que tenía hambre y jamás de los jamases en todas sus gatunas vidas su familia humana le había dado tamaño regalote. Y monchis, monchis, el gato se comenzó a zampar la sardina y cuando iba como a la mitad, el diablito, ¡tenga!, que lo pepena bien del lomo y *bzzz* que lo rasura todito. «¡Tómala, pinche gato pendejo! ¡No tienes ni un pelo!» El gato lo miró encabronado, pero nomás le preguntó «¿Seguro? ¿Seguro que no tengo ni un solo pelo?» El diablito le revisó el lomo pelón, la cola pelona, revisó enterito al gato pelado y cuando lo miró a la cara se dio cuenta... Le contó los bigotes y por puro gusto se los arrancó uno por uno. El gato pendejo se sintió mal, jodido, turulato, apendejado, encabronado y, por si fuera poco, feo. El diablito lo sabía y le dijo «¡Ora sí, pinche gato feo! No te queda ni un solo pelo.» El gato triste y emputadísimo le preguntó

de nuevo «¡Seguro, cabrón?» Y el diablito triunfal y orgulloso como el diablo: «Segurísimo, pinche gato pelón». Entonces, el gato se empezó a retorcer y como a convulsionarse. Aj, aj, aj, le hacía el gato desde la garganta y el diablito pensó que ahí mismo se le moría, que en cualquier momento iba a echar las tripas por el hocico, que de plano se iba a voltear todito. Pero nel, el gato nomás echó tosiendo una bola de pelos gatunos con baba gatuna y olor a sardina de lata. El diablito miró con asquito esa especie de caca al revés y le mentó su perra madre al gato que ya estaba terminando de echarse la sardina de la lata. «Si los cuentas, te lo llevas», le dijo al diablito y se trepó a la cama para acurrucarse a los pies calientitos de Santiago. «Pinche gato mamón», le dijo el diablito que nomás tocó la bola de pelos y se guacareó como borracho mezcalteca jurando que no vuelve a chupar. El gato se quedó jetón y el diablito... el diablito se fue a molestar a un niño con perro.

(San Luis Potosí, 2008).

## BOLA DE PELOS

Rescaté a la Bola de pelos un martes mientras volvía a casa. Unos chamacos aventaban piedras a la copa de un árbol y yo pasé junto a ellos sin hacerles caso. Tenía mucho en la cabeza: la renta vencida, la tarjeta que debía pagar, el teléfono cortado, la búsqueda de chamba y la pinche Julieta que había empacado todas sus cosas, algunas de nuestras cosas, un par de mis cosas y se había largado de regreso con su madre porque no podía seguir viviendo con alguien como yo. Ese martes fui a rogarle a la Julieta, a embarrar mi pinche dignidad en la alfombra de su jefa. Debe haber algo horrible en un «como yo» porque Julieta no me había recibido, nomás salió su madre para gritarme que me largara o me iba a echar una patrulla. Me llené de rabia, la ñora siempre me tuvo tirria porque me llevé a su princesita. Pinche Julieta, si tu jefa supiera... Ni tiene caso ya. En fin, no pelé a los escuincles que le echaban piedras al árbol porque no era mi bronca, pero al alejarme escuché un maullido desesperado. Me paré en seco. ¡Los pinches chamacos culeros estaban apedreando a un gato! Me di la vuelta y le grité a los pendejos que le llegaran de una vez. Me acerqué al árbol y ahí estaba la Bola de pelos, una gatita negra, herida, magullada por los pedrazos de los mocosos. Tenía miedo de mí. Quise bajarla del árbol, pero me bufó mostrando los dientes y me soltó un zarpazo en el brazo. Me alejé, me quité la playera y con ella envolví a la gata para inmovilizarla y poder bajarla sin que me rasguñara.

Ya dije que Bola de pelos es gata, pero eso todavía no lo sabía. Hasta ese momento yo había rescatado a un gato negro de unos chama-

cos culeros que lo estaban apedreando. Lo llevé a mi casa, le revisé las heridas y me parecieron superficiales, de algo me había servido un semestre en veterinaria. Le abrí una lata de atún en la cocina, le puse un poco de agua y me fui a acostar. A los 20 minutos estaba rasguñando mi puerta, en cuanto le abrí se trepó a los pies de mi cama y se hizo una bola de pelos. Al día siguiente descubrí que era gata, comenzó a maullar extraño, más grave y prolongado. Además tenía la mirada ida, alzaba el culo y daba pasitos hacia atrás. Temí que los mocosos la hubieran madreado por dentro, que le hubieran reventado una tripa o algo. Luego recordé que así se ponen las gatas cuando les llega el estro. ¿Has visto a una gata en celo? No tienes idea de la verdadera carga erótica en esa frase hasta que ves a una gata así. Se vuelven locas, buscan contacto, cariño. El maullido se vuelve cachondo, como canción de la Nina Simone. Alzan el culo y se echan p'atrás, es su forma de incitar al macho a que las monte. Se frotan con todo, con las patas de la silla, con la pared, con el librero, con los sillones, con tu pierna. El puro contacto las pone. Nomás le pones la mano sobre el lomo y los maullidos se entrecortan y te voltean a ver con cara de loca, como pidiendo verga. Buscando un gatito que le caliente lo suyo, su gusto, su estilo, su *flow*. Yo le agarraba la cadera como para aliviarle las ganas y a ella le gustaba hartito, pero luego yo me sentía raro, un poco culpable, como cuando eres morrito y tu tía te dice ¡Niño, déjese á'í! Imagínense eso luego de vivir con el *iceberg* en que se convirtió la Julieta... porque una cosa era la pinche calentura de novios y todo el tiempo trepados al guayabo y otra cosa muy distinta era pagar las cuentas juntos y aguantar las vacas flacas. Nomás se secó mi cartera y a ella se le secó el... el corazón. Bueno, tampoco es su culpa, creo que nunca se recuperó del aborto...



Lo que sí es horrible es el pinche escándalo de los gatos, desde que Bola de pelos llegó, no dejan de rondar el edificio. Escucho sus patas de aquí para allá toda la noche. Pero cuando a la Bola le llega el celo ¡putamadre! No dejan de maullarle para cogérsela. Toda la pinche noche es lo mismo mientras la gata está así. Lo que me sorprende es que la cabrona no sale, como que sabe que los gatos la van a lastimar con su pito lleno de púas y mejor se queda conmigo a que le baje la calentura agarrándole la cadera.

Ni siquiera pensé en quedarme con ella, por eso nunca le puse nombre. Le decía bola de pelos y así se le quedó, igualito que se quedó ella conmigo. Siempre he creído que los niños culeros la querían madrear por ser negra. Estúpida gente supersticiosa, no son más pendejos nomás porque su cerebro no les da para más. Creo que por eso nunca la eché a la calle, la gente está muy loca. Además, tener un gatito está bien padre. Me vale madre que uno parezca la mascota de los gatos. Cuando uno te quiere, te lo demuestra y te busca. Por eso es mejor que un pinche perro baboso que te quiere a lo pendejo. Los perros quieren hasta a los culeros, lo gatos sólo quieren a quien quieren y ya. Eso sí: toda la casa se vuelve suya, en el lugar que menos te imagines hay pelos de gato. Luego yo siento que se me meten a la nariz, pero es el precio de la compañía felina. ¡Lo pago!

A mí me empezó a ir chingón desde que la Bola de pelos vive conmigo. Gané el juicio contra mis ex patrones en Conciliación y Arbitraje y me tuvieron que pagar la liquidación completa y hasta los meses que me dejaron botado a mi suerte. Con esa lana pude pagar

las deudas, ponerme al tiro con la renta, sacar el coche del Monte. Conseguí una chamba chida donde sí me respetaban, valoraban y hasta pagaban a tiempo. Me compré un raspadito y me gané dos mil pesos al instante. Me los gasté enteritos en comprarle cosas a la Bola: comida, juguetes, un castillo para que duerma y corra y rasque y no me madree los sillones, aunque de todos modos, la gata sigue durmiendo hecha una bolita de pelos en mis pies. Las cosas cambiaron, mejoraron... ¡Hasta la Julieta me buscó de nuevo! Me dieron muchas ganas de cogérmela y luego mandarla derechito a la chingada, así como ella me había hecho a mí, pero no le vi el caso. La invité a cenar, pero nomás le dije que entre nosotros ya no había nada, que no era sano aferrarnos a lo que ya no existía. Ella juró que ya había otra vieja en mi vida y yo nomás le dije que sí, pero no le dije que era la Bola de pelos.

Después de esa cena con la Julieta, me animé a salir de nuevo. Tuve unas cuantas citas apestosas que terminaron igual: yo solito viendo YouPorn en el celular con la gata mirándome desde la oscuridad. Al principio me sacaba de onda, ella se acercaba a mí y yo me friqueaba todito. Luego entendí que así son los pinches gatos, fisgonnes, voyeristas, curiosos nomás. Así es mi vida con la Bola de pelos, todo es soportable. Nomás no aguanto a los pinches gatos que se la quieren coger cuando ella está en celo. ¡Son de lo peor! A veces aguanto vara, pero hay días en que me hartan bien cabrón. Alguna vez salí a gritarles como si me entendieran un carajo. Una noche dejé abierta la ventana para que la Bola de pelos se saliera y se diera el gustito con alguno de los gatos. Ella se quedó a mis pies como siempre, pero a mitad de la noche un gato cabrón entró a mi cuarto dispuesto a cogérsela. A mí me despertaron los maullidos en plena

pelea. La Bola se defendió chingón, ningún gato se la iba a coger sin su consentimiento. Entre los dos corrimos al intruso y cerré la ventana en chinga. En el borlote, alguno de los gatos me rasguñó la pantorrilla y se me escurría la sangre, pero yo no me di cuenta. La que lo descubrió fue la Bola que me empezó a lamer la sangre como para curarme la herida. Esa noche la dejé dormir junto a mí bajo las cobijas, pero ella amaneció en su lugar de siempre, cerca de mis pies. No volví a dejarle abierta la ventana a propósito. Insisto, la pinche gata debe saber que esos cabrones nomás la quieren lastimar. ¿Sabías que la onda esa del pito lleno de púas de los gatos es para inducir la ovulación en las gatas? Resulta que las espículas en el pene del gato rasgan el útero y lastiman a la gata porque sólo ovulan en el momento de la cópula estimuladas por el dolor. Las gatas sufren cuando cogen, por eso suena como si se estuvieran peleando, en el fondo quieren partirle su madre al gato que se la está metiendo. Es más, los gatos se echan a correr en cuanto terminan porque si una gata los apaña después de coger los puede matar... Esas son ex novias del terror y no mamadas. ¡Machete al machote!

A veces no estoy de humor para aguantar a los pinches gatos jariosos, anoche fui a la cantina porque comenzó el estro de la Bola de pelos y pensé que estaría mejor llegar borracho a la casa para que los maullidos no me jodieran tanto. Yo estaba en la barra haciéndome pendejo, llevaba como dos cervezas cuando entró una morra guapísima, totalmente yosiledable, cabello negro alborotado, ojos grandes, profundos y penetrantes. Te digo que la gata negra hasta me trajo suerte. Yo no habría estado metido en la cantina si no hubiera querido escapar de los gatos cabrones, y no hubiera estado sentado en la barra cuando entró esta chica increíble que se sentó

junto a mí con ganas de beber y platicar. Se llama Celina y no sé si la volveré a ver, lleva un par de semanas en el barrio y nomás se le antojó echar un trago. En realidad hablamos poco. Yo estaba perdido en sus ojos. Ella se me acercaba demasiado y yo le olía el cabello. Quería sacarla de ahí, llevármela por una noche y para siempre. Impregnarme de ella, de su olor. Alguien puso una cumbia cachonda en la rockola, yo creo que fue mi angelito de la guarda, y luego luego saqué a bailar a la Celina. Ella se me repegaba mucho, yo aproveché para olerle el cuello, su aroma me prendió más todavía y el baile me dio chance de acariciarle la espalda. Cuando rocé arribita de sus nalgas ella se crispó, acercó su pelvis a la mía al ritmo de la música y rumbo al final de la canción acercó sus labios a mi oreja: Llévame a tu casa, dijo con la voz entre un susurro y un gemido. Dejé un billete de 500 en la barra por los tragos, ni modo de esperar el cambio, me salí de ahí siguiendo el ritmo de esas caderas.

Yo estaba todo idiotizado, parecía que era ella la que me guiaba a mi depa. Casi no podía despegar los ojos de su cuerpo. En cuanto entramos al portal de mi edificio nos embarramos a besos y entre nosotros contra la pared. Subimos los dos pisos atrabancados de caricias. Ella se detuvo en mi puerta, me apuró que la abriera. Traté de recomponerme un poco, entró y comenzó a pasearse como dueña del lugar. Le ofrecí una chela y aproveché para buscar a la Bola de pelos, lo que menos quería era que me arruinara el plan figoneando mientras Celina y yo le dábamos vuelo. Ni rastro de la pinche gata. Volví a la sala con un par de cervezas que ya ni nos tomamos porque volvimos a los besos que habíamos dejado en el pasillo de afuera. Yo quería lamerla todita, aspirar el calorcito de su piel. Le quité la blusa y sugirió que nos fuéramos al cuarto. La

ventana estaba abierta y la gata tampoco estaba ahí. Seguramente andaba escondida, siempre es muy huraña con las visitas. Igual se sacó de onda porque nunca entra nadie más al cuarto. La neta es que tampoco fue que yo pensara mucho en la gata mientras tenía ese bombón frente a mis ojos. Me senté al filo de la cama y comencé a lamer lo que estaba a mi altura. Ella me quitó la camisa y se recogió para lamerme los hombros. En corto nos encueramos y ya desnudos formamos una maraña de caricias alborotando la cama. No nos decíamos mucho, todo era lamer, oler, acariciar... Hasta que llegó el primer rasguño. ¡Qué bruto! Esa mezcla de placer y dolor está cabrona, chingona. Todavía me arde un poco la espalda, juraría que me la dejó en jirones. Fue cuando se puso medio loco el asunto, la Celina se volteó y me pidió que le diera de nalgadas. Yo le daba tranquilo, recio pero con su sobadita. Ella me gemía que lo hiciera más duro, más duro, cada vez más pinche duro. Hasta le terminé marcando la mano en las nalgas. En la pinche emoción de las nalgadas me pidió que se la metiera, yo hasta le jalé el pelo y nos besamos bien atascados sin desconectar nuestras caderas. Después de un rato cambiamos, me tumbó sobre la cama y me montó, pero después de encajarse bien me soltó un cachetadón que me sacó de onda y me gritó que me desquitara. Me ardía la cara bien loco, pero no le quise pegar, le rasguñé la espalda hasta el culo y sentí cómo se contraía por dentro. Ella me soltó otro chingadazo y yo me prendí más cabrón, pero aguanté y le dí unas pinches nalgadas de ladito. Ella me bramó exigiendo que me defendiera, que le diera duro, me rasguñó el pecho y se soltó a darme cachetadas que la neta ya ni me dolían, nomás me prendían y me prendían. Yo le jalaba el pelo, le agarraba con fuerza las nalgas, esas cosas la calentaban mucho, en todo ese tiempo no dejé de sentir sus contracciones. No sé cuánto estuvimos así, pero fue un ratote. Creo que me desmayé después

de alguna de las cachetadas, porque no recuerdo más. Nomás la recuerdo gritando bien cabrón, un escandalazo... mis vecinos me han de odiar, jejeje. En algún momento de la madrugada la sentí a mi lado, me lamía las heridas del pecho, yo me acomodé para lamerle de nuevo la piel y así estuvimos un rato hasta que me quedé dormido. Soñé que nos ronroneábamos.

Amanecí en pelotas, con la Bola de pelos acurrucada en mis pies. Me dolía todo el cuerpo, los rasguños, los chingadazos. Busqué a Celina en el baño, en la sala, en la cocina. Ni rastro de ella. No estaba ni su ropa, ni nada. Yo hubiera querido quedarme sus calzones por lo menos. Me retaché a la cama y acaricié a la Bola, ya se le había quitado el celo. Yo creo que sí se salió a cogerse a un gato. Ojalá que no esté cargada... y si lo está, ya nomás espero que le haya partido su madre al cabrón.

Cuando me lavé los dientes me dieron ganas de vomitar y terminé echando una bola de pelos como los que luego echa la Bola de tanto lamerse el cuerpo... Pinche gata, neta espero que no esté preñada sino ¿qué chingados voy a hacer con los pinches gatitos?

(Ciudad de México, 2016).

## MIAURICIO JIMÉNEZ

Cachorro escandonativo (Chilangotlán, 1979) que por vivir en un departamento con pasillo era ignorantemente feliz de su clase media fregadona y media. Cunnilingüista freelance y experto catador de labios. Se comprende a sí mismo como payaso que no acepta su oficio mientras se disfraza de poeta para engañar al respetable. A día de hoy se encuentra esperando a Waits y el milagro que vendrá.



# Ex Libris Diaboli Lingua

*Pelo de gatos*  
dos cuentos de Miauricio Jiménez  
se editó en junio de 2020 en  
el antiguo barrio de La Carolina  
Cuernavaca, Morelos  
y se compartió libremente.  
Derechos reservados el autor y  
Lengua de Diablo Editorial.



**LENGUA DE DIABLO**  
\*\*\*\*\*  
**EDITORIAL**